

Aproximadamente veinte minutos después de que Eric Somerset se apeara del London Midnight Express en Blackpool, comenzó a maldecir al agente de la estación de una manera elegante y nociva. Afortunadamente, ese individuo no estaba en ninguna parte; tampoco un refugio para la lluvia y la niebla. Era difícil y razonable esperar la presencia del agente de la estación a la una de la madrugada, incluso si debió haber sabido de la llegada de Somerset. Tanteó el telegrama, húmedo y arrugado, en su bolsillo:

—VEN EN EL TREN DE LA UNA, LONSDALE.

Recordar que lord Lonsdale era quien firmó el telegrama, lo tranquilizó. Era su mejor cliente.

Se quitó las gafas y las secó. Por primera vez fue consciente del ruido de una bocina sobre el estruendo de la lluvia en el techo de hojalata de la estación. En el mismo momento, vio las luces atenuadas del coche y escuchó la voz de una chica que llamaba.

—¿Señor Somerset? Venga por aquí, por favor.

No perdió el tiempo, agarró su maletín y corrió con todas sus fuerzas hacia el coche. La luz del vehículo estaba encendida. Con su brazo izquierdo apoyado contra el vidrio, Amber Joyce se inclinó para alejarse del asiento tapizado, lo suficiente como para echar un buen vistazo a Somerset.

Los ojos de la señorita Joyce brillaron:

—Un clima horrible, ¿no es así?

Un momento después, el coche se apartó del bordillo, salpicando la parte trasera con barro. La señorita Joyce se volvió hacia el abogado. Somerset se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Qué pasó?

Amber Joyce se hundió nerviosamente. Su voz, llegando al fin, sonaba vaga y asustada.

—El tío Arthur ha desaparecido.

—¡Qué desgracia! Eso debería aliviar a Lonsdale, en todo caso.

La señorita Joyce se encogió de hombros.

—Las circunstancias de su desaparición fueron muy extrañas. El tío Arthur había venido a ver al tío Hilary; estaban en muy buenos términos esa noche. Me acosté temprano, pero no pude dormir. Alrededor de las dos en punto escuché un grito, seguido de un golpe sordo. Entonces bajé a la biblioteca, donde los había dejado antes de ir a mi habitación. El tío Hilary estaba allí, profundamente dormido. El tío Arthur se había ido, pero había dejado su bastón.

»Sentí un escalofrío. Sacudí al tío Hilary hasta que se despertó. Me miró, aturdido, y dijo:

»—Pensé que te habías ido a la cama, Amber.

»Dije que sí, pero que un ruido extraño me había despertado. Se volvió hacia la silla que el tío Arthur había estado usando y comenzó a decir algo; a mitad de la oración se detuvo y dijo:

»—¿Entonces Arthur se ha ido? —parecía algo asustado—. ¿Estaba durmiendo?

»Le dije que eran las dos. Luego, de repente, se volvió hacia el estrado junto a su silla, tomó su copa de vino y murmuró algo. Lo escuché. Dijo: Drogó mi vino, ¿verdad?. Luego me mandó a la cama de nuevo.

»A la mañana siguiente parecía preocupado. A eso de las diez trató de telefonar a Arthur. Nadie respondió. El ama de llaves dijo que el tío Arthur no había regresado. Eso fue hace tres días, y no ha habido noticias desde entonces.

—¿Arthur salió de la casa esa noche? —preguntó Somerset.

—No lo sabemos. El tío Hilary ha estado muy inquieto. Ayer mandó llamar al tío Napier, el padre Napier, ya sabes, su hermano mayor.

Somerset frunció el ceño.

—Si mandó llamar a Napier, tu tío teme que algo grave le haya pasado a Arthur. ¿Ha dejado caer alguna sospecha?

Amber Joyce asintió.

—Ayer escuché al tío Hilary hablando con el padre Napier —por un momento ella guardó silencio—. Señor Somerset, ¿sabía que hay una especie de superstición extraña en nuestra familia?

—No estaba tanto de eso.

—El abuelo del tío Hilary, mi bisabuelo, construyó esa casa, allá arriba en el sitio de un antiguo monasterio o abadía, no sé cuál de los dos. De todos modos, no fue hasta después de la época de Henry V que los sacerdotes genuinos... sacerdotes de Dios, quiero decir, entraron en ese edificio. Antes de eso un culto diabólico prosperó allí —la señorita Joyce hizo una pausa—. Sueno como una novela barata, ¿no? —tosió un poco—. El tío Hilary tiene libros viejos sobre el lugar, y en varios se menciona algo espantoso, una entidad que fue encontrada por los sacerdotes.

»Nada definitivo, pero parece que el edificio y la tierra fue ocupada y retenida hasta que el bisabuelo la compró. Dejó algo a la curiosidad de los que vinieron después. Muy por debajo de la casa, tal como está ahora, hay una cripta muy antigua; bisabuelo dejó instrucciones a sus hijos. Se insinúa que esta cripta existía mucho antes de que apareciera la antigua línea Lonsdale; eso es bastante antiguo, ya sabes. La cripta está sellada, aunque se puede acceder desde la biblioteca de la casa, y también desde un salón en el segundo piso. La superstición familiar refiere que esta cripta nunca debe abrirse; el miembro más viejo de cada generación en la línea directa debía ser informado de su existencia; nadie más. Pero desde que el tío Napier ingresó al sacerdocio, el título y las propiedades recayeron en el tío Hilary.

»De alguna manera, la historia de la cripta llegó al tío Arthur, y se le ocurrió que había un tesoro allí abajo. Lo que el tío Hilary ha comenzado a sospechar es que el tío Arthur lo drogó para poder bajar y mirar la cripta para sí mismo.

—Una sospecha razonable, en vista de la vida más o menos incontinente de su hermano.

—Usted se contiene al decir incontinencia, señor Somerset —Amber Joyce se rió—. Aún es difícil para el tío Hilary ver cómo pudo haber llegado el tío Arthur allí abajo, porque ambas aberturas a la cripta son arreglos de paneles, inteligentemente escondidas, y el paso a través de la pared es estrecho y bastante secreto.

—Un hombre decidido hará cualquier cosa.

El coche se detuvo bruscamente. En un momento, la puerta se abrió. El chófer, sosteniendo un paraguas abierto, guió primero a Amber Joyce y luego a Somerset a la amplia terraza. Se quedaron allí, sonriendo el uno al otro bajo el cálido resplandor de la puerta entreabierta.

Somerset se encontró dentro de media hora en bata y pantuflas, un cambio bienvenido de su ropa mojada. Se encontró con Amber Joyce de camino a la biblioteca; ella estaba parada en un nicho, esperándolo. Llevaba un vestido algo oscuro, que se mezclaba con

la oscuridad del pasillo. Un rayo de luz la alcanzó en la garganta, donde se había atado un pañuelo verde brillante.

—El tío Hilary se ha ido a la cripta —dijo mientras Somerset se acercaba a ella.

El padre Napier, un hombre alto y delgado, muy parecido a lord Lonsdale, estaba meditativo cuando el abogado entró en la biblioteca con Amber Joyce. Se volvió hacia Somerset.

—Tengo entendido que su señoría ha bajado a la cripta prohibida —dijo el abogado, después de intercambiar saludos.

El padre Napier asintió.

—Amber se lo dijo, entonces.

—¿Cuánto tiempo ha estado fuera? —preguntó Somerset.

—Aproximadamente diez minutos, bajó después de que usted llegara.

—Uno pensaría —se enfureció Somerset—, considerando la hora que es, que podría darse prisa.

—Creo que ya viene —dijo Amber Joyce de repente.

En el abrupto silencio se escucharon pasos. Parecían estar subiendo desde muy por debajo de la casa, pero cerca de la biblioteca, a lo largo de la pared.

—El panel está ahí —dijo el padre Napier, señalando una sección de estanterías hacia la que Somerset miró expectante.

Entonces Amber Joyce dijo algo y el ruido de los pasos ascendentes se perdió. Cuando terminó, el sonido se detuvo.

—Qué raro —murmuró el padre Napier—, debe haber ido al segundo piso.

—Pero él no haría eso —dijo Amber Joyce.

El padre Napier tosió.

—Creo que será mejor que vayamos a buscarlo —dijo en voz baja. Se volvió levemente hacia la figura silenciosa del mayordomo que permanecía impassible en las sombras—. Frobisher, quédate aquí con la señorita Joyce. El señor Somerset y yo bajaremos a la cripta.

El sacerdote se acercó a la pared y tocó algo que Somerset no podía ver. Un panel se balanceó hacia atrás, revelando un estrecho pasaje más allá.

—Tenemos que ir en fila india —dijo el padre Napier.

—Usted lidera —dijo Somerset.

Los dos entraron en la pared, caminaron una corta distancia por el pasillo y llegaron a un tramo de escalones de piedra que se curvaban ligeramente por debajo de los cimientos de la casa. Descendieron. En ese momento, las escaleras empezaron a ensancharse un poco y llegaron a un espacio plano. El techo era tan bajo que tuvieron que agacharse. Siguió otro tramo corto de escaleras, y luego, de repente, la linterna cayó sobre una puerta de piedra entreabierta a una oscuridad aterradora. Era la cripta.

—Hilary —llamó el padre Napier de repente.

No hubo respuesta. El padre Napier siguió adelante con cautela, apoyándose contra la puerta para hacerla retroceder un poco más. La luz golpeó un gran ataúd de piedra, del que se había empujado la tapa hacia un lado. Curiosamente, el padre Napier y Somerset se acercaron.

—Aquí hay una inscripción en latín —dijo Somerset.

El padre Napier apuntó su flash a la inscripción.

—¿Puede leerla?

Somerset leyó laboriosamente:

CVIVS PASSVS me instat.

CVIVS MAN VS DESCENDIT.

HOC SEPVLCRVM VT TANGAT

EL CERTE MORIENDVM EST.

—Aproximadamente —tradujo el sacerdote—, significa: Cuyo paso se detenga aquí. Cuya mano descienda para tocar esto, ese hombre morirá —tosió—. No es muy reconfortante.

Pero Somerset ya no estaba escuchando. El destello había oscilado un poco y un rayo

de luz había sido arrojado a un rincón lejano de la cripta. Somerset, siguiendo ese rayo de luz con los ojos, vio de repente un zapato de hombre y, sobre él, una pierna humana.

Con una voz tan firme como pudo, dijo:

—Por favor, apunte esa luz en esa esquina. Creo que hay alguien allí.

El padre Napier rodeó el ataúd vacío y envió la luz al rincón. En el resplandor amarillo yacía el cuerpo arrugado de un hombre, con la ropa horribilmente destrozada y el rostro deformado en una mueca de espanto.

La luz comenzó a temblar en la mano de Napier.

—¡Arthur! —exclamó.

No hizo ningún movimiento para acercarse al cuerpo, aunque Somerset avanzó de inmediato.

—Ha estado muerto durante al menos tres días —dijo Somerset—. Me temo que algo le ha pasado a su señoría.

El padre Napier estaba aparentemente sumido en sus pensamientos mientras se retiraban. De repente se oyó un sonido cuando ambos llegaron al umbral de la cripta. Fue un gemido bajo, ¡un sonido inconfundiblemente humano!

La luz giró y se detuvo abruptamente en un nicho del pasaje de piedra. Había algo allí. Una mano yacía con la palma hacia arriba en el pasillo, y más allá, doblado en el nicho, estaba lord Lonsdale. Somerset corrió hacia adelante, tirando de su señoría.

—Está vivo —dijo brevemente—. Debemos llevarlo arriba. Debe haber tenido una lucha terrible con algo. Deme una mano, ¿quiere?

El padre Napier se adelantó, más firme ahora.

—Algo horrible ha sucedido —dijo en voz baja—. ¿Recuerda haber escuchado algo en el piso de arriba?

El señor Somerset asintió, recordando de repente.

—¿Qué era? —preguntó—. ¿Algo... de ahí abajo?

—La cripta nunca debería haber sido abierta. No creo que usted y yo podamos hacer frente a esta cosa. Voy a llamar a alguien que sí pueda.

El profesor Charles Lambert gimió un poco en sueños; luego se dio la vuelta y despertó. El timbre del teléfono sonaba estridentemente. Se sacudió un poco y tomó el tubo.

—¿Hola?

—¿Lambert? Soy Napier.

—¡Me despertaste!

Napier siguió adelante, aparentemente sin prestarle atención.

—¿Recuerdas la conversación que tuvimos sobre cultos antiguos y misterios el fin de semana pasado? Sé que sí. Escucha, ¿puedes conseguir un permiso breve? Algo ha surgido aquí en la casa de Hilary, algo en lo que creo que te gustaría participar, algo en lo que quiero que participes. Mi hermano Arthur ha sido asesinado y Hilary ha sido atacada. Algo de abajo, sí, de la vieja cripta que te mencioné el fin de semana pasado. Se abrió y algo salió de allí. Estábamos en el biblioteca. Escuché a alguien caminando. Al principio pensé que debía ser Hilary. No lo era. Hemos encontrado a Hilary, muy cerca de la cripta. Lo que sea que haya escapado está fuera de la casa. Tenemos que encontrarla antes de que puede hacer más daño. ¿Puedes venir de inmediato?

Lambert estaba completamente despierto. Los tonos tensos y emocionados de su amigo clerical, normalmente amable, y la historia casi incoherente que le estaba contando entrecortadamente a través del cable lo había sacado rápidamente del estado semi-inconsciente en el que había tomado el teléfono por primera vez.

—Sí —dijo—. Puedo estar allí al mediodía.

El profesor Lambert se puso la bata y entró en su biblioteca, donde se perdió en las páginas amarillentas de un volumen antiguo al que había acudido infaliblemente. La letra descolorida del libro era difícil de seguir, pero perseveró, pasando página tras página bajo el resplandor de una lámpara de lectura, hasta que encontró lo que buscaba: un breve párrafo en lo profundo del corazón del volumen.

«Estos seres sobrenaturales, surgidos de la fuente de todo mal, conocen un solo temor. Las armas y el acero no sirven de nada contra ellos: la sangre es su poder y su vida, por lo que en su libertad la buscan sin cesar, y pobres de los infortunados en su camino. Malignas son estas cosas, y siempre lo serán. Temen sólo a su único gran y verdadero enemigo, que es el bien, y a fuente de todo bien, que es Dios. Y cuanto más impregnado de bondad, más fuerte será su enemigo.»

Cerró el libro y, yendo a una colección de plata cuidadosamente encajada en la pared,

eligió un crucifijo y un medallón antiguo. Ahora, salvo para vestirse, estaba listo.

Lambert encontró a Frobisher esperándolo. Lo siguió escaleras arriba hasta la habitación de Lonsdale. Allí, en la gran cama de roble, vio al propio lord Lonsdale, envuelto en vendas. A su alrededor estaban el padre Napier, Amber Joyce y Somerset, a quienes Lambert conocía bien. El padre Napier se apresuró a saludarlo con la mano extendida.

—Qué bueno que hayas venido, Lambert. Hilary acaba de volver en sí. El doctor dice que estará bien. Estamos esperando a que hable, aunque ha tenido una conmoción diabólica.

—¿Fue atacado?

El padre Napier asintió apresuradamente.

—Gravemente. Parece haber perdido una gran cantidad de sangre, además de sufrir muchos cortes profundos. También se rompió la muñeca. Hemos llamado a una ambulancia para llevarlo al hospital. Sería mejor para él descansar allí.

—Muy bien —murmuró Lambert, acercándose a la cama.

Intercambió saludos en voz baja con los demás en la habitación, luego miró el rostro de lord. Lonsdale, pálido sobre la almohada. Sus ojos se movían de un lado a otro, asimilando la gente que lo observaba tan de cerca. De repente, su señoría habló:

—¿Qué le pasó a Arthur? Lo vi allí, en la cripta.

—Está muerto —dijo Napier en voz baja.

Hilary gimió levemente.

—Me drogó, sabes —dijo.

El grupo que estaba alrededor de la cama esperó en silencio. Luego, sin preámbulos, lord Lonsdale habló con los ojos clavados en el techo.

—Bajé a la cripta, Napier, buscando a Arthur. La puerta estaba abierta, pero se había cerrado de alguna manera desde el interior. Probablemente antes de que Arthur abriera el ataúd. Lo abrí, solo un poco. Estaba esperando. Estaba sobre mí, agarrándome, aplastándome, me tenía en el suelo, arrastrándome... No recuerdo lo que pasó después —se incorporó un poco, débilmente—. ¡Dios ayúdanos! —murmuró, cerrando los ojos.

Napier se inclinó sobre él.

—Escucha, Hilary, te enviaremos a la ciudad, a un hospital. Estarás mejor allí.

Lord Lonsdale no respondió. Su respiración continuó, profunda y rápida.

Poco después de media tarde, los tres hombres y Amber Joyce se reunieron en la biblioteca. Somerset sacó su carpeta y miró al padre Napier.

—Me atrevo a decir que, dadas las circunstancias, es mejor que todo el grupo conozca la carta de su difunto padre, a pesar de sus deseos explícitos.

Napier asintió.

Somerset abrió su maletín y sacó un solo papel, que comenzó a leer de inmediato.

»Mi querido hijo: Como el futuro lord Lonsdale, es esencial que tengas cierta información sobre Lonsdale House, información que se ha transmitido de generación en generación, desde que esta casa fue construida. Lonsdale House está construida sobre los cimientos de un antigua abadía, que data quizás de 1400, una abadía no ocupada por monjes hasta cerca de 1550.

»No se sabe qué gente infernal ocupó este sitio por primera vez. Ciento cincuenta años siguen sin contarse en su historia. Sin embargo, hay ciertas leyendas, rumores vagos que, a su manera, caracterizan a los primeros habitantes. Ciertamente no fueron monjes. Hay historias de antiguos cultos del mal, no muy diferentes a los druidas. He oído que un culto se estableció en un edificio en Blackpool Heath. Hay historias sobre criaturas extrañas y misteriosas que recorren el campo, matando y destruyendo, dejando a sus víctimas sin sangre.

»Hay evidencia histórica de algo que existe aquí, y hay un registro adicional de crímenes extraños y desapariciones hasta finales de 1545. Sí, e incluso después de que llegaron los monjes en 1550, algunos de ellos desaparecieron. La abadía estaba en este momento mucho más cerca del mar, y por un tiempo se pensó que los monjes habían sido secuestrados por alguna extraña criatura marina. Existe una creencia de que todo lo que se adoraba originalmente aquí estaba ligado de alguna manera con mar.

»Algo de todo eso permanece. Los primeros habitantes de este sitio dejaron algo, y esto los monjes lo descubrieron más tarde. Encerraron a esta cosa en una cripta muy por debajo de la abadía. Y cuando Lonsdale House se levantó en el sitio de la abadía, la cripta aún estaba sellada. El primer Lord Lonsdale construyó la escalera secreta que conduce a ella desde el panel de la biblioteca y desde el panel de la pared del salón del segundo piso.

»Es un ataúd de piedra, igualmente sellado; dentro de la cripta sellada. Les digo estas cosas por su propio bien, y para advertirles. No sabemos qué hay ahí abajo, pero es una cosa malvada, y es mejor que no lo sepamos, por lo tanto, la cripta nunca debe abrirse.

»Mantén en secreto esto que te he revelado, porque es mejor que solo uno de cada generación lo sepa. Un mayor conocimiento genera curiosidad, y la curiosidad genera peligro. Por lo tanto, no busques al ocupante de la cripta.»

Hubo un largo momento de silencio. Entonces Amber tosió y dijo:

—¿No encontraron al tío Arthur aplastado y sin sangre?

Napier parecía incómodo. Luego dijo:

—Sí, lo encontraron de esa manera. Arthur no sabía qué esperar en la cripta; sabía menos que nosotros. Sólo sabía que la cripta estaba allí abajo, que había algo misterioso, y naturalmente, su mente pensó en un tesoro escondido. Cayó, probablemente estuvo bebiendo. Rompió los sellos de la cripta y abrió el ataúd. La cosa lo atacó; y la puerta, creo, se cerró detrás de él, y la cosa no pudo abrirla. Entonces Hilary bajó, y él a su vez fue atacado y dejado medio muerto en el suelo.

—La cosa, obviamente, tiene inteligencia —intervino Lambert—, ya que encontró la manera de salir de la casa, aunque dejar el pasillo en la segunda puerta en lugar de en la biblioteca parece sólo una oportunidad afortunada.

Napier asintió.

—¿Y la ventana estaba abierta y la habitación vacía?

Hizo una pausa significativa. Amber pasó su brazo con fuerza por el de él. Él bajó la mirada hacia ella.

—Aparentemente, la cosa salió de aquí. Teniendo en cuenta su largo encierro, no creo que vuelva.

—Sin embargo —dijo Amber de repente—, este es el único hogar que ha tenido durante años. Quizás...

Frobisher entró silenciosamente; estaba perturbado, y de inmediato Amber Joyce se puso de pie.

—¿Algo anda mal, Frobisher?

—El periódico, señorita Joyce —dijo.

Le tendió un periódico doblado. Amber Joyce sólo tuvo tiempo de ver el titular:

INDIGNACIÓN CERCA DE BLACKPOOL.

El padre Napier le arrebató el periódico. Miró apresuradamente el artículo, palideciendo. Luego miró hacia arriba.

—¡Escuchen esto! —dijo con aspereza y leyó:

»Esta mañana temprano, dos trabajadores que se dirigían al trabajo fueron atacados en la carretera principal entre Blackpool y Liddleton. Los cuerpos de los dos hombres, John Thornton y Frank Doyle, fueron descubiertos esta mañana cerca de la carretera a unas tres millas de la finca de Lonsdale. Aparentemente, los hombres lucharon, ya que ambos estaban casi aplastados y horriblemente destrozados. El primer examen de los cuerpos pareció indicar que perdieron mucha sangre, aunque no hay evidencia de esto en el suelo cerca de donde se encontraron los cuerpos.

»Tampoco hay pistas sobre la identidad del asesino, pero los funcionarios de Blackpool están registrando la zona. Una peculiaridad de la búsqueda ha sido el descubrimiento de depresiones en la tierra, como si alguien hubiera arrastrado o empujado algún objeto grande sin forma.

A cada uno de ellos asaltó el mismo terror, el mismo miedo repentino a una muerte desconocida tan cerca de ellos, cuatro intentos, tres veces cumplidos.

Fue la voz fría de Lambert la que rompió el silencio.

—¡Tenemos que cazar esa cosa de una vez, y esperar que no sea demasiado tarde!

El padre Napier se puso de pie al instante y fue a un estante de libros, del que sacó un atlas. Se dirigió hacia Lambert, manteniendo abierto el atlas en un mapa detallado de Lancastershire.

—Estamos aquí —dijo—. Blackpool y sus alrededores. Aquí está Liddleton —su dedo índice trazó una línea recta desde un cuadrado que marcaba Lonsdale Estate hasta la aldea de Liddleton. Luego retrocedió y se detuvo en un cuadrado a medio camino entre los dos—. Las ruinas de Pemberton Lodge —murmuró—. Debe haber ido hacia allí. Casi un acre de edificios de piedra derruidos en los que esconderse hasta la noche. Esta noche habrá más ataques. Debemos ir ahora, antes de la puesta del sol.

Somerset hizo un gesto al mayordomo.

—Frobisher, baja las pistolas de Lord Lonsdale.

Lambert lo detuvo:

—No nos servirán de nada, Somerset. No se puede luchar contra una cosa tan impía como esta con armas convencionales. Solo hay un poder más fuerte que el mal encarnado en lo que perseguimos. Ese es el santo poder del bien al que se opone esta cosa.

Napier y Somerset asintieron rápidamente, comprensivos. Lambert prosiguió.

—Tengo un crucifijo antiguo y un medallón igualmente antiguo. Ambos fueron bendecidos por San Agustín, creo que nos protegerán.

Somerset dijo:

—Bueno, ¿estamos listos entonces?

Salieron, subieron al coche que los esperaba y se dirigieron hacia Liddleton. Ya eran casi las cuatro y media y la penumbra del crepúsculo otoñal se mezclaba con la densa niebla que venía del mar. Conduciendo a lo largo de la carretera, solo pudieron ver el más leve contorno de árboles a cada lado. A lo lejos, podían oír el rodar del océano, procedente de más allá de Lonsdale House. Pero el chófer, por orden urgente del padre Napier, no disminuyó su velocidad a causa de la niebla. Conocía el camino que cruzaba los páramos hasta la vecina Liddleton, y conocía las ruinas de Pemberton Lodge, donde a menudo había conducido a la señorita Joyce.

El coche se salió de repente de la carretera principal y se detuvo.

Los tres hombres salieron del vehículo y se quedaron allí un momento, mirando a su alrededor en la oscuridad cargada de niebla. El motor rugió cuando el conductor hizo girar el automóvil y luego se detuvo repentinamente. En el silencio, el retumbar del mar desde atrás fue el primer sonido que les llegó. Ante ellos, emergiendo lentamente de la pesada atmósfera, estaba la silueta gris de la ruina principal de lo que alguna vez fue Pemberton Lodge.

Los tres hombres se acercaron lentamente. El padre Napier levantó la luz que llevaba, pero su rayo hizo poco por atravesar la niebla.

Se detuvieron en el arco caído de la puerta principal. El padre Napier movió la luz hacia el foso sombrío que se encontraba frente a ellos y luego, sosteniendo en alto el crucifijo que llevaba, pasó por debajo del arco.

De repente se oyó un ruido sordo procedente de la niebla que se extendía más allá, un sonido como de algo pesado que avanza pesadamente sobre piedras rotas. Luego hubo un gruñido de furia y miedo. Inmediatamente después del sonido, una gran figura en sombras apareció delante de ellos, emergiendo del arco de una ventana larga rota, avanzando pesadamente por este espacio. Los tres hombres giraron.

—¡Allí! —gritó el padre Napier.

Pero la cosa ya se alejaba torpemente de ellos, balanceando su gran cabeza y sus torpes brazos; ya estaba trotando por el páramo, perdido en la niebla antes de que pudieran pensar en moverse, tras él.

Corrieron hacia el coche y subieron. El padre Napier gritó:

—¡Por la carretera de Blackpool!

El motor rugió una vez más en el crepúsculo cada vez más profundo y aceleró por la carretera. De repente, el chófer frenó y el motor se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó Napier.

—Creo que lo perdí.

El padre Napier se inclinó hacia adelante, perforando la niebla iluminada por los brillantes faros, y vio, en ese momento, la cosa desaparecer entre los árboles cerca de la carretera. Había cruzado la carretera casi inmediatamente delante de ellos. Saltó y corrió hacia el costado, deteniéndose bajo la hilera de árboles que lo marcaba desde el páramo. Allí lo vio desaparecer una vez más, moviéndose con torpeza pero rapidez sobre el páramo. Y entonces vio, directamente en su camino, las luces de Lonsdale House.

Regresó corriendo al auto, gritando:

—¡Rápido, a la casa!

Somerset y Lambert, igualmente emocionados, se inclinaron hacia adelante con ansiedad. El padre Napier se hundió en su asiento. Luego, cuando el automóvil se adentraba en la noche, exclamó sin aliento:

—Está cortando de regreso a la casa, y Amber está sola con Frobisher.

Amber Joyce, que había quedado sola en la biblioteca, había caminado de un lado a otro por la habitación durante algún tiempo. Luego se asomó a la terraza que se extendía sobre la cima del acantilado; todavía estaba inquieta y perturbada. Por fin

regresó a la biblioteca y abrió un libro, no sabía leer.

A lo lejos escuchó el rugido de un motor y se preguntó si los tres hombres ya se acercaban. Luego se sentó de repente; un grito abrupto desgarró su conciencia.

Oyó sonidos vagos y aterradores que provenían de la parte delantera de la casa, como el de una puerta abriéndose hacia adentro en alguna parte, la voz de un hombre gimiendo, ruidos sordos en el pasillo más allá de la biblioteca. Luego, de repente, la puerta de la biblioteca se hundió hacia dentro y ante ella, en la penumbra tenue estaba la cosa que procedía de la cripta. Solo tuvo un atisbo de su cuerpo negro y córneo, su pequeño ojo rojo, sus largos brazos balanceantes como de simio antes de que saltara hacia ella. De repente recordó la conversación de unas horas antes, algo sobre cosas sagradas, y en el mismo instante saltó contra la pared y tiró el viejo crucifijo de la abadía que se había guardado en la biblioteca.

Luego se apoyó contra la pared, sosteniendo el crucifijo frente a ella, y miró fijamente la cosa, ahora detenida. De ahí salió ahora un sonido parecido a un gemido, y Amber Joyce se dio cuenta de que la cosa estaba asustada. Se apretó contra la pared, alejándose lentamente de ella a lo largo de los estantes de libros.

El sonido de un automóvil que se detenía afuera chirriaba y llegaba a los oídos de Amber Joyce. La cosa, también escuchada, se detuvo un momento, luego se movió torpemente hacia la puerta rota de la biblioteca. Era demasiado tarde, ya se podían escuchar pasos corriendo por el pasillo. El padre Napier apareció de repente, sosteniendo ante él un crucifijo, y la cosa cedió ante él. Amber Joyce se deslizó silenciosamente hasta el suelo; ella se había desmayado.

Somerset y el profesor Lambert entraron corriendo en la habitación. La cosa salió disparada, golpeando la pared con estantes con un impacto tremendo, estrellándose contra el panel y desapareciendo fuera de la vista, escaleras abajo.

El padre Napier corrió rápidamente hacia Amber Joyce.

Lambert y Somerset se quedaron escuchando los pasos que se retiraban, sonidos que se movían pesadamente hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo, hasta que se perdieron en las profundidades de la cripta.

Lambert habló en voz baja, con urgencia.

—La cosa es vampírica, Napier, y podemos matarla con una estaca, preferiblemente una de hierro. Si terminamos esta ahora, habrá un final para ella. De lo contrario, no se sabe lo que podría pasar.

El padre Napier asintió.

—Sí. Sé exactamente lo que debemos hacer. Una grapa grande en la pared está suelta, cerca de la cripta —miró a Somerset y añadió—: Somerset, quédate aquí con Amber. Llama al chófer si necesitas a alguien. Lambert y yo bajaremos.

Somerset asintió con la cabeza y se inclinó para tomar la ligera forma de Amber Joyce. Los dos hombres se acercaron con cuidado a la pared rota y luego salieron al pasillo y se perdieron de vista.

Somerset, frotando las manos de la señorita Joyce, escuchó el sonido de sus pasos descendiendo, el sonido de botas golpeando las piedras, escuchando a los dos hombres hacer un descenso cauteloso pero seguro. Escuchó también un ruido amortiguado de piedra frotando piedra. Luego silencio.

Se quedó allí un momento, perplejo, luego colocó suavemente a Amber Joyce sobre el sofá frente a él.

El chófer apareció de repente en la puerta y Somerset se alegró de verlo.

—¿Hay sales? —preguntó—. La señorita Joyce se ha desmayado.

—Traeré algunas, señor.

El chófer se retiró.

Somerset se sentó en el borde del sofá, escuchando. De la cripta surgieron ecos de algún sonido indistinguible: un murmullo bajo, como de algún canto o encantamiento. Entonces hubo una espera repentina y horrible que se arrastró hacia arriba, un gemido tan espantoso, tan terrible, que Somerset se estremeció, y el chófer, que no había ido muy lejos, volvió corriendo a la habitación, temblando y pálido.

El padre Napier y Lambert salieron por la abertura de la pared justo cuando Amber Joyce despertaba.

—Polvo en un ataúd viejo —dijo Napier—. Nada más.

Dejó el crucifijo sobre la mesa. Su mano tembló a la luz de la lámpara.